

LA MODA.



REVISTA SEMANAL DE LITERATURA TEATROS COSTUMBRES Y MODAS.

Este periódico se publica todos los Domingos. En el número 1.º de cada mes se reparten cuatro láminas, representando, unas, las últimas modas de París, otras, Patrones para bordados, cortes de vestidos, etc., ó bien lindos dibujos de tapicería ó de Crochét. Precio de la suscripción 10 reales al mes, lo mismo en Cádiz que en los demás puntos de la península.

SUMARIO.—REVISTA DE NAVIDAD, por D. Francisco Flores Arenas.—BIBLIOGRAFÍA, por D. Francisco Flores Arenas.—CUENTOS FANTÁSTICOS, escritos en alemán por Erckmann Chatrian.—¡ROHRAU! por D. Francisco Lozano y Frau.—GEROGLÍFICO.

REVISTA DE NAVIDAD.

Presentóse el día de Noche Buena encapotado y borrasco como ninguno de los del invierno que felizmente nos rige. Si hubo alguien que, cual allá cuentan de Ulises, tuviese encerrados los vientos en alguna odre, de seguro no faltó también aquí quien lo agugerease para dejarlos salir; solo que allí los soldados del rey de Itaca lo hicieron por creer que llevaba encerrados en aquella piel los despojos del saco de Troya, y aquí debió de creer el que lo hizo que en la tal odre se guardaba moscatel ó Cariñena. La creencia, al menos, era propia del día.

Sea de ello lo que quiera, fué el caso que la noche se presentó espantosa. Silbaba el viento, rugía el mar, y el relámpago surcaba de vez en cuando las apiñadas nubes, formando todo este imponente espectáculo un originalísimo contraste con el alegre estrépito de los panderos y de las matracas amen de tal cual zambomba que venía á parodiarse desde la fénix el trueno de la tormenta. El ruido del agua se mezclaba á los acentos del vino, y entre el chirrear de los buñuelos se escuchaba el repique de las campanas que sonaban maitines.

Pero si aquella tormenta presagiaba algo de siniestro, de seguro debía ser en primer término para los pavos, víctimas forzosas sacrificadas por la costumbre en semejantes días, y cuyas plumas volaban aquella noche en remolinos, llevadas por el huracan, como prueba de los destrozos de la gula.

En efecto, no bien anuncia el calendario la proximidad de las Navidades, cuando las pjaras de pavos toman posición estratégica en el campo de Capuchinos, haciendo penetrar destacadamente de lo mas florido y barbudo de sus tropas por las principales calles y plazas de la población.

Aquí y allí los hallan los compradores, y tras de

DICIEMBRE.

un exámen minucioso de sus interesantes y nada esbeltas personas, el animal favorecido es trasladado á las manos del gallego, quien asiendo á la víctima de las patas la lleva en posición inversa, y consiguientemente nada cómoda, hasta el sitio que interinamente se le señala para aguardar su hora fúnebre. El pavo, al verse conducido con tan poca ceremonia y miramiento, eriza la cola, agita las alas, tiende el moco, y no parece sino que vá allá en sus adentros formulando una protesta respecto á la incivil manera con que se le trata; manera que debe hacer brotar en su corazón cierta fundada desconfianza acerca de su ulterior destino. Sin embargo, el pavo es de suyo sesudo y grave y no manifiesta su enojo con grandes alharacas. Así que, ya en el patinillo, que suele ser su morada transitoria, parece entregarse á cierta confianza, aunque no del todo franca, porque ya se sabe que el pavo no es muy expansivo en sus afectos. Come, y come mucho, permanece impasible ante el oscuro porvenir, y si á veces toma todo el aire de uno que reflexiona profundamente, no es así: muchos hombres hay que pasan por reflexivos y pensadores solo porque tienen en su cara toda la grave seriedad del pavo, así como en su meollo tienen su mismo talento.

Pero suena la hora. El animal oye afilar el cuchillo, vé preparar la vasija, y ya sospecha algo: su moco hace traición á su entereza. Apodéranse de él, le sujetan, él aletea y quiere dar voces, pero su sangre corre y la voz espira en su garganta. Desplúmanle; la prosáica cazuela ó la pavera aristocrática reciben su cadáver, y al día siguiente aquel cadáver constituye el mas bello adorno de una mesa de Navidad. Este es el momento único de su triunfo: cuando vivo nadie alabó su cara ni celebró su plumage, ni se estasió ante su canto: ahora aplauden lo tierno de su pechuga y lo sabroso de sus alones. Al pavo le acontece lo que á la mayor parte de los individuos del género humano; necesitan morir para hallar quien diga de ellos algo bueno. Sin embargo, á tanta costa bien puede reusarse este honor.

La indispensabilidad del pavo en Pascuas corre parejas con la del turron. En la mesa son dos amigos inseparables.

Tal ha sido la Navidad de 1860. Tales han si-

do todas las anteriores, y es de creer que las siguientes serán lo mismo.

Todas las tradiciones se respetan cuando se fundan en algo de comer.

FRANCISCO FLORES ARENAS.

BIBLIOGRAFÍA.

Fábulas de Samaniego, ilustradas y anotadas por D. Juan Miró, para uso de las escuelas.

El Sr. Miró, catedrático del instituto provincial de Jerez de la Frontera, y persona notabilísima así por su saber como por su incansable celo en facilitar á sus discípulos el estudio y el adelanto, ha publicado poco hace una nueva edicion de las conocidas fábulas de D. Félix María Samaniego, obra que no por andar en manos de los niños debe dejar de tenerse en lo mucho que vale.

En efecto, si este autor no es tan elegante como Fedro, si no alcanzó la espontaneidad de Lafontaine, no puede negársele que es fácil y sencillo en su modo de narrar, que su versificación es bastante fluida, y que sabe presentar los objetos de una manera graciosa y naturalísima: circunstancias tanto mas dignas de aprecio, cuanto que estas fábulas, como es sabido, se escribieron exclusivamente para los niños del Seminario Vascongado.

El éxito que obtuvieron y la fama que alcanzaron fueron tales, que á poco ellas se vieron adoptadas en todas las enseñanzas; y con razon á fé; pues como dice un autor extranjero, «si no están tan bien escritas como las de Iriarte, ni aplicadas con tanta exactitud y originalidad, son sin embargo mas sencillas, mas naturales, y mas apropiadas para el comun de los lectores; en suma, revelan un génio poético mas fácil, y por lo tanto, aunque no sobrepujan en mérito á las de Iriarte, han gozado y gozan aun de mayor popularidad.»

Grande fué el servicio que el Sr. Samaniego prestó al país con este su libro, no tanto por lo que en la parte de invencion ganase la literatura española, puesto que, segun nadie ignora, sus fábulas fueron tomadas de otros, en su gran mayoría al menos, sino por haber generalizado esta forma preciosa de instruccion y de enseñanza, aplicándola á la edad que mas ha menester de aquella para recibir con agrado y conservar indelebles ciertos principios morales, que en vano hallarán cabida en los niños si se les presentan con el carácter y por lo tanto con la aridez, de un formal estudio.

Por eso, al ocuparse de este género de poesía, dice así el Sr. Martinez de la Rosa:

«No en tan estrechos límites cercado,
Breve, sencillo, cándido, inocente,
De graciosas ficciones adornado
El Apólogo intruye dulcemente:
Cual si solo aspirase al leve agrado,
De la razon oculta el tono grave;

Al bruto, al pez, al ave,
Al ser inanimado
Les presta nuestra voz, nuestras pasiones,
Y al hombre da, sin lastimar su orgullo,
De la razon las útiles lecciones.»

Pero si bien este libro habia sido escrito para los niños, no de tal modo, sin embargo, que no hubiese de contar el Sr. Samaniego con las observaciones orales del maestro, indispensables siempre, y mas en la poesía, donde el lenguaje hace forzoso el empleo de ciertos giros, de ciertas voces menos usadas y acaso hasta desconocidas en la manera comun de hablar y de escribir. Estas observaciones orales son las que el Sr. Miró se ha propuesto sustituir con un grandísimo número de notas, referentes las unas á la verdadera inteligencia del principio moral que la fábula encierra, y las otras á la explicacion de algunos términos que el niño no puede comprender todavía sin ese auxilio, como por ejemplo, referencias mitológicas, alusiones históricas y palabras inusitadas, con breves descripciones de animales poco comunes ó hasta fabulosos, &c.

La grandísima utilidad de este trabajo se aprecia con solo enunciarlo.

El Sr. Miró, que tan bien comprende la manera de enseñar y que tan asiduamente se consagra á los altos deberes que el profesorado le impone, acaba de dar con esta publicacion una nueva prueba de lo que vale. Su talento y su ilustracion vasta le hubieran dado medios para acometer empresas, mas brillantes si se quiere; pero de seguro no mas útiles.

Ha hecho preceder su coleccion por algunos conocimientos de la estructura de los versos castellanos y de sus combinaciones. Esto abre el camino á los discípulos que deseen iniciarse en las nociones de la poética, y les proporciona un aliciente mas sobre el que hallan en la lectura de las fábulas.

Concluimos recomendando la obra y felicitando muy cordialmente á nuestro estimable y distinguido amigo, así por lo oportuno del pensamiento, como por la manera con que lo ha llevado á cabo.

FRANCISCO FLORES ARENAS.

CUENTOS FANTASTICOS

ESCRITOS EN ALEMAN

POR ECKANN CHATRIAN.

EL ANTEOJO MARAVILLOSO.

En otro tiempo conocí en Maguncia á un honrado farmacéutico llamado Hans Schnaps. La puerta de su laboratorio se abria sobre el Thiermack. Pero el boticario en vez de permanecer en su botica se paseaba por las calles con un anteojo enorme debajo del brazo, y dejaba el cuidado de sus drogas á

dos estudiantes de farmacia que tenía en su casa.

Era un hombre muy estrambótico, con su larga nariz, sus ojillos pardos y su boca desdeñosa.

Al verle con su ancho fieltro, su casaca de estameña rojiza y la barba cortada en punta, se le podía tomar por un artista flamenco.

Yo solía encontrarle en la taberna del *Pote del tabaco* en el Zeilt; jugaba con él un rato á las cartas y hablábamos de la lluvia y del buen tiempo.

Schnaps no sentía la necesidad de darme á conocer sus ocupaciones, y yo no tenía interés en iniciarle en las mías; á la verdad, esto nos importaba poco á entrambos.

Un día el burgomaestre Zacarías me dijo:

—Doctor Benedum, parece que frecuentais la amistad de un tal Hans Schnaps.

—Es cierto, burgomaestre, á menudo juego con él en la taberna.

—Pues habeis de saber que está loco.

—Ah!

—Sí, señor, loco rematado.

—Pues confieso que no lo he echado de ver.

—Es positivo; en vez de ocuparse de su botica se pasea acá y acullá con un gran ateísmo; en suma, pierde su tiempo y sus parroquianos.

—En cuanto á eso él sabrá lo que hace.

—Sin duda, pero es el caso que lo paga su infeliz mujer.

—Ah! tiene mujer?

—Sí; casó con la hija de un mercader de paño; un hombre digno bajo todos conceptos y de la clase acomodada.

—Tanto mejor; Schnaps heredará un día ú otro.

—No lo dudo; pero se comerá los bienes.

—Con su anteojo?

—No, con sus experiencias. Figuraos, doctor, que se ha establecido en un sótano donde fabrica yo no sé qué. Si por casualidad se echa una ojeada á la lumbrera se ve el anteojo apuntando; Schnaps os mira riendo... y cuando llega el medio día la mujer tiene que gritarle tres ó cuatro veces: «¡Hans! Hans! ¡la sopa está en la mesa!...»

—Pobre mujer! es digna de lástima.

El burgomaestre no dudó que yo me burlaba de él, pero fingió que no lo notaba, y me propuso jugar un jarro de cerveza.

Yo acepté y hablamos de otra cosa.

Sin embargo, tan extrañas revelaciones llamaron mi atención.

Qué diablo hacía Schnaps en su cueva?

Qué significaba aquel anteojo en el aire siempre?

Era una locura, ó un experimento serio?

Todo esto me daba vueltas en la cabeza, y al día siguiente me fuí á la botica para ver si descubría alguna cosa.

Serian las nueve. La señora de Schnaps, una mujer pequeña y nerviosa, con los ojos sin brillo, el rostro insignificante, mal ataviada, uno de esos seres que sin hablar se presentan ya como víctimas, me recibió detrás del mostrador.

—Mi querida señora, la dije haciendo una graciosa reverencia, ¿dónde podría ver á vuestro esposo M. Schnaps?

—En el sótano, me respondió haciendo una mueca.

—Ya!

Esto pareció agradar á la excelente criatura, que alzando los ojos me indicó la puerta de la izquierda.

Yo me apresuré á entrar en el comedor, y después de dar algunos tropezones en la oscura escalera logré poner el pié en las losas del laboratorio.

Era en efecto un sótano, pero alto, ancho, espacioso y bien seco... lleno de anteojos gigantescos, de cristales planos, esféricos, parabólicos, de prismas, etc; en fin, de todos los instrumentos de óptica que se conocen.

Hans Schnaps se volvió con sorpresa al oírme bajar.

—Doctor Benedum! exclamó; ¡cuánto agradezco la visita!

Y corría á mí con los brazos abiertos.

Pero yo extendiendo la mano con un ademán trágico, le dije:

—Alto! Alto!... No nos familiaricemos... vengo á tomaros el pulso de parte del burgomaestre.

Schnaps me presentó su brazo con mucha gravedad; yo apliqué el pulgar sobre la arteria, y con voz lenta continué:

—No veo que esteis tan enfermo como suponen.

—Enfermo yo?

—No; todavía no habeis perdido el juicio enteramente.

Estas palabras le hicieron soltar una risa tan aguda, que su mujer asomándose en lo alto de la escalera, miró al sótano con ojo estupefacto.

—Sofía! Sofía! gritaba Schnaps: ¡Ja, ja, ja! ¿Sabes lo que dicen de mí? que estoy loco.

La mujer al oír esto hizo una mueca y se volvió sin desplegar sus labios.

Hans Schnaps que se habia calmado un poco, me dijo:

—Doctor Benedum, tomad asiento... Me habeis puesto de buen humor... ¿A qué debo el honor de vuestra visita?

Y adelantando para mí un ancho sillón se sentó él también sobre la caja de un daguerreotipo, con sus piernas largas y flacas separadas, los codos sobre las rodillas, y entre sus dedos su barba puntiguda.

Era en verdad una figura muy extraña vista á la escasa claridad de la lumbrera; y los resplandores vagos, indecisos que se esparcían en la sombra sobre aquellos mil instrumentos de óptica, aumentaban la extrañeza del cuadro.

Yo le conté simplemente mi conversacion de la víspera con el burgomaestre, y Schnaps, lejos de incomodarse, se echó á reír á carcajadas.

—Qué animal es el burgomaestre! exclamó; y yo que me estoy ocupando de él...; yo que acabo de inventar una jeringa solo para él... un descubrimiento magnífico, doctor... Contemplad ese anteojo... es la famosa jeringa Schnaps, única en su clase... Hasta el día no conocíamos mas que el medio de limpiar, purgar y refrescar las entrañas del hombre... Pues bien; yo refrescaré y limpiaré con mi

jeringa el cerebro de los idiotas, los imbéciles y otros burgomaestres cualesquiera que sean. Derramo en la bomba una decocción de Voltaire, Skaspeare ó Malebranche; introduzco suavemente la puntita... aprieto... y hé aquí mi hombre lleno de buen sentido, de poesía ó de metafísica.

Y al decir esto Hans Schnaps hizo tales contorsiones, alargaba y retorcia sus piernas con tal furor, que yo temia verle rodar con la caja en que estaba sentado; pero felizmente pudo conservar el equilibrio.

—Vaya, vaya, amigo mio, le dije, es una broma divertida.

—No hay broma que valga; teneis demasiado entendimiento, doctor Benedum, para no saber que nuestras opiniones dependen de nuestro punto de vista; un miserable sin casa ni hogar, cubierto de harapos y tendido junto á una esquina ve las cosas de distinto modo que un potentado... el órden social le parece detestable y las leyes absurdas.

—Sin duda, pero...

—Pero, interrumpió Schnaps, ponedme á ese mozo delante de una mesa opípara, en una casa lujosa; rodeadle de flores y de mujeres bonitas, vestidle con ropajes magníficos, alimentadle con manjares exquisitos, y que detrás de su sillón se encuentren unos doce lacayos que le den tratamiento... y le parecerá que todo está muy bien en el mundo, que el órden social es admirable, que nuestras leyes son una obra maestra del espíritu humano.

—Convenido, mi querido Schnaps... esa es la historia de la humanidad... las cosas se ven por un prisma que varia segun la posicion que ocupa el observador... pero ¿qué consecuencia sacais de ello?

—La consecuencia es muy sencilla, repuso el boticario. Si todo depende de nuestro punto de vista, la cuestion de la felicidad se reduce á encontrarse siempre en el punto de vista mas agradable, y tal es precisamente el mérito de mi descubrimiento. Vais á juzgar, doctor.

Y me entregó su anteojito; yo apliqué mi vista y no pude contener un grito de admiracion.

Me veia presidente de la sociedad científica de Berlin, robusto, con gruesos mofletes, rebosando salud, condecorado con las órdenes del Mérito, del Aguila negra, del Aguila blanca y del Aguila roja, del Metidje, de la Jarretera, etc... tenia en la mano la campanilla y llamaba al órden á las gentes. A través de los cristales del anfiteatro, distinguia mi carretela con dos caballos y mi lacayo cubierto de galones. Veia mas lejos á mi amada Elisa preñada de mis encantos, que se paseaba bajo los tilos pensativa y solitaria con una sombrilla en la mano, y me decia yo á mí mismo: —Benedum! Benedum! hombre dichoso! genio sublime!.. hombre grande!..

Una carcajada irónica me sacó de mi profunda contemplacion. Dejé el anteojito y me ví en el sótano en frente del boticario que me miraba con sus ojos maliciosos plegados hasta los oidos.

—Y bien, exclamó, ¿qué pensais de todo eso?

—Oh! mi querido Schnaps, dejadme ese anteojito.

—Imposible, me respondió; habeis de saber que me cuesta diez años de trabajo; que con ese anteojito

poseo en cierta manera todo el universo; que veo á mi mujer jóven, bonita y obsequiosa; que estoy siempre alegre, risueño y contento; que gracias á él me elevo sobre los monarcas mas poderosos de la tierra; que me hace mas rico que Creso, mas omnipotente que Jerjes, y que no le daria por nada en el mundo. Y no es todo aun: con ese anteojito puedo darme á mí mismo buen sentido, poesía ó metafísica, segun las necesidades de mi temperamento.

—Pero, por Dios, Schnaps, repuse yo trasportado de entusiasmo ¿cómo habeis hecho tan sublime descubrimiento?

—No es tan maravilloso como creéis; es simplemente un kaleidoscopio, pero de nuevo género; en vez de dejar caer sus flores y sus cristallitos al acaso, los reúne en un órden natural. En otros términos, es la reunion del daguerreotipo y del telescopio, dos instrumentos que Dios ha reunido en nuestra cabeza.

En aquel instante Schnaps sacó del bolsillo una cajita de concha; tomó un polvo de rapé con mucha lentitud y luego prosiguió diciendo:

—Hace tres años trataba yo de fijar el espectro solar en una placa de cobre, y con este fin habia empleado el cloruro de plata, el betun de Judea, el aceite de lavanda y petroleo, el yoduro de plata, el bromuro de cal sólido y líquido, en suma, todas las combinaciones químicas imaginables sin obtener resultado decisivo. Una tarde bajo la influencia de un compuesto mas sensible pareció que se fijaba la luz roja, anaranjada y violeta; la placa tomó vagamente los colores del iris. Ya estaba yo contentísimo cuando mi querida esposa siguiendo su inveterada costumbre se puso á gritar: —¡Hans, la sopa está en la mesa! ¡Hans, Hans, Hans, Hans, Hans, Hans, Hans, Hans, Hans, la sopa está en la mesa, la sopa se enfria! Estos gritos me irritaron los nervios. Que quieras que no quieras, tuve que interrumpir la experiencia. Puse la placa de cobre en aquel nicho de la pared que se ve allí, y que me sirve para dejar la luz, y subí para sentarme á la mesa.

—Y qué dijisteis á vuestra mujer?

—Nada.

—Pues yo en vuestro lugar la habria retorcido el pescuezo.

El boticario se sonrió agradablemente.

—Aquella noche, repuso, concluida la cena bajé al laboratorio. El cansancio y el enojo me impidieron continuar mi trabajo: me senté en ese sillón y me dormí. Al despertarme á eso de la una de la madrugada, noté que mi luz se habia apagado; pero el rayo de una estrella penetraba por la lumbrera y se reflejaba sobre la placa metálica en el fondo del sótano. Mientras clavaba la vista en ese punto luminoso, pensaba en mi mujer; sentia la necesidad de corregirla; las infinitas miserias domésticas cruzaban por mi mente; en fin, cansado de estas reflexiones me dormí de nuevo. Al otro dia todo estaba olvidado, cuando mirando por casualidad á la placa, vengo á descubrir... nada menos que mi sueño de la noche estampado con una exactitud extraordinaria: mi mujer, el comedor, el reló sobre la

chimenea, las vidrieras del fondo, el patio mas allá, todo mi interior hasta en los menores detalles. Unicamente habia esto añadido: yo me hallaba administrando una correccion á mi querida esposa.

El boticario se echó á reir y prosiguió:

—Juzgad cuál seria mi entusiasmo. Entonces concebí mi anteojo; comprendí que el cerebro del hombre es como el ojo de la mosca, un instrumento de óptica de mil caras; que lo que en él se refleja puede salir de él por refraccion y estamparse en una sustancia química cuyo secreto acababa de descubrir. Así pues, mi querido doctor, todas vuestras pasiones, todos vuestros deseos, todos vuestros pensamientos, toman un cuerpo en ese anteojo. Improvisais con la mirada mucho mejor que con la palabra; materializais instantáneamente el mundo intelectual que se agita en vuestro espíritu.

Este descubrimiento me pareció milagroso.

—Mi amigo Schnaps, hombre extraordinario, exclamé yo, permitidme que os abrace. Mas grande que una pirámide de Egipto, vuestra memoria atravesará los siglos y brillará en el porvenir como un astro de primer orden. Pero os pido que me aclareis un punto: ¿cómo os podeis administrar un clister de filosofía ó de cualquiera otra ciencia?

—De este modo, dijo Schnaps muy satisfecho con mis lisonjas; pero antes voy á desarrollaros algunas consideraciones generales del mas alto interés. Habiéis debido notar, doctor Benedum, que los grandes filósofos, los grandes matemáticos, los grandes poetas y generalmente todos los grandes *ideólogos* acaban miserablemente, siendo objeto de burla durante su vida, y á veces perseguidos como fieras, vienen á ser despues de su muerte la presa de cierta clase de individuos conocidos con el nombre de *hombres prácticos*. Muchas bonitas frases se han escrito desde hace tres siglos contra esa explotacion del genio por la medianía, pero esto no impide que las cosas sigan hoy como estaban en tiempo de Homero, de Pitágoras, de Sócrates, y de tantos ideólogos célebres como ha tenido el mundo; es decir, que se les persiga, sin perjuicio de que se hagan reputaciones y dinero con sus descubrimientos. Convengo en que todo esto es muy triste, mi querido doctor, pero en el fondo nada es mas sencillo ni mas natural. Para que una idea tenga curso en el mundo necesita el apoyo de las masas. Ahora bien, las masas que no pueden elevarse á la altura de la idea pura, comprende admirablemente la idea materializada, es decir, el hecho. La supuesta superioridad de los hombres prácticos sobre los ideólogos no tienen otra razon de ser. Esos señores son ricos, poderosos, gobiernan el mundo, les elevan estatuas... ¿Y por qué?... Porque ponen al alcance de los imbéciles la idea de algun pobre diablo de grande hombre que se murió de necesidad en una guardilla. ¿Es verdad lo que digo?

—Es positivo.

—Pues bien, repuso el boticario con una sonrisa irónica, mi anteojo suprime los hombres prácticos y restituye á los ideólogos la superioridad que les es debida; él materializa las ideas y las pone en comunicacion directa con las masas. Suponed que yo

quiera tomar un clister de metafísica; me pego al anteojo... vos me leéis las obras de Kant, y á medida que os escucho, á medida que sus razonamientos entran en mi cabeza, van saliendo y llegan á pintarse en la placa atravesando mi vista; allí se materializan, toman un cuerpo, los veo, son reales, positivos; no puede quedarme ninguna duda sobre mi existencia, en atencion á que me parecen incontestables porque caen bajo el dominio de mis sentidos. Así la operacion produce su efecto.

Mientras Schnaps me explicaba este gran misterio, se apoderaba de mí un deseo fuertísimo de poseer su anteojo.

—Mi querido amigo, le dije, supongo que fabricareis muchos anteojos como ese. Semejante descubrimiento pertenece á la humanidad.

—¡A la humanidad! repitió con asombro. Yo quisiera saber qué es lo que la humanidad hace por mí. La humanidad me llama loco, me obliga á vivir con una mujer insoportable... y me dejaria morir de hambre como á todos los inventores si no tuviera el recurso de venderla mis drogas.

—Pero obtendréis la consideracion pública, el aprecio y la admiracion del mundo.

—Qué me importa la admiracion de esos imbéciles? Quitadles los descubrimientos de Guttemberg, de Galileo, de Newton, de Volta, de Daguerre, de Hans Schnaps, y no vereis mas que un monton de asnos arrodillados delante de un sable. ¡La admiracion de esas gentes!... No, no; que la humanidad se fabrique anteojos; yo guardo el mio y le empleo para mi recreo personal.

A mí me indignaba tamaño egoismo.

—Schnaps, repuse dominando mi cólera, permitidme que os diga que vuestro razonamiento es absurdo. Fabricais anteojos sublimes, es verdad; pero otros labran la tierra, siembran, recogen, hacen moler el grano para vos, os trae el pan á casa; otros os construyen boticas, os hacen vestidos y zapatos; otros os procuran vino, cerveza y tabaco, cosas que no desdeñais... Este mundo es una cadena y...

Mientras yo desarrollaba esta tesis el boticario me miraba con su anteojo.

—¡Ja, ja, ja, exclamó interrumpiéndome, veo lo que quereis. La humanidad os importa poco; quereis mi anteojo, y no le tendreis, ¡ja, ja, ja!

Y dicho esto aplastó su anteojo como se aplasta un gibus, le metió en una caja que cerró cuidadosamente con llave; y luego mirándome con aire sardónico prosiguió:

—Ni volvereis á mirar por él. Que esto os sirva de leccion, y os impida en adelante hacer el hipócrita y predicar el Evangelio en vuestro provecho. Sois un hombre muy astuto, doctor Benedum; un filántropo, y á mí no me gusta la gente de vuestra especie. Hacedme el favor de tomar el camino por donde habeis venido al sótano.

Me puse encarnado de ira. Tenia vivos deseos de corregir al boticario que me miraba con ojo irónico y me señalaba insolentemente la puerta; pero recordé de repente que los dos muchachos que te-

nia á su servicio eran mozos robustos, y me pareció prudente retirarme.

Después salí de Maguncia para fijarme en Nuremberg, y hace ya dos años que no he visto á Schnaps. Parece ser que sigue paseándose por las calles, con una chaqueta encarnada y su anteojo debajo del brazo.

Al menos así me lo escribía ultimamente el burgomaestre Zacarías, y le creo.

¡Qué desgracia que tan magnífico secreto esté en poder de un loco!

¡Cosa singular y digna de observarse! Los hombres de buen sentido nunca han inventado nada; ¡hasta se deben á los locos todos los descubrimientos importantes!

FIN DEL ANTEOJO MARAVILLOSO.

IROHRAU!

En 1770 la reputación de Haydn habíase ya difundido por toda la Europa, y la modesta habitación que el distinguido compositor ocupaba en los arrabales de Viena, era el punto de reunión de todas las celebridades de la época; allí concurrían también todos los magnates que aspiraban á ser tenidos por otros tantos apasionados y protectores de las bellas artes.

Una sola cosa faltaba, sin embargo, á Haydn para ser perfectamente dichoso en la modesta posición que supo adquirirse, merced á su trabajo y privilegiado talento: la paz del corazón; la dulce paz que es el fruto de un matrimonio feliz y acertado. Habíase casado siendo todavía muy joven con una mujer cuya belleza excedía á las cualidades del corazón; circunstancia que pesó de una manera lastimosa sobre la vida del eminente compositor por espacio de treinta años, resolviendo últimamente hacerse superior á ella entregándose con mas ardor que nunca á sus divinas inspiraciones.

De regreso á Viena de uno de sus viajes á Inglaterra, tuvo el doble desconsuelo de hallar á su esposa mas coqueta, avara y exigente que antes, á pesar del bienestar que por entonces disfrutaban. Privado de la dicha que mas le era dado gozar al pobre artista, lamentábase en cierta ocasión del día borrascoso que el carácter intratable de su esposa le habia hecho pasar, cuando entró un criado en el aposento anunciando la visita de cierto sugeto que deseaba hablarle cuanto antes.

—Que pase adelante; respondió Haydn dirigiéndose maquinalmente hácia la puerta.

—Perdonad, si pude con mi llegada distraer vuestra atención; dijo avanzando hasta el músico un hombre con trage de aldeano, que llevaba en la mano una bolsa repleta de florines. Teneis fama en toda el Austria, añadió, de ser uno de los primeros compositores de minués; y como pasado mañana es el día prefijado para celebrar el enlace de mi única hija, vengo á suplicaros que me es-

cribais un minué para solemnizar los festejos de la boda.

—Perdonad, os digo yo á mi vez, amigo mio, repuso el músico con amabilidad; siento mucho no poder complaceros, pues nunca compuse minués del género que deseais; la música que yo escribo no puede servir para motivos de una danza cualquiera, porque es algo mas clásica que la suponéis, y es asimismo destinada para las grandes orquestas.

—Esa, esa ha sido justamente la causa porque he determinado dirigirme á vos con mi demanda; porque habeis de saber que mi futuro yerno es un gran tocador de clarinete, al paso que mi hija pulsa á las mil maravillas la clave: Con que ya veis, señor Haydn, que por sublimes que sean vuestras notas nunca serán escritas para los oídos de un sordo.... y además, debo decíroslo.... desde el día en que oyera la misa escrita por vos para celebrar la coronación de José II, dije para mí: "Este será el compositor que escriba el minué que ha de ejecutarse en las bodas de mi hija, ó yo no he de llamar-me Hermann de Rohrau."

—De Rohrau! exclamó Haydn con sorpresa. ¿Sois por ventura de aquella aldeilla húngara?

—Sin duda; pero, por qué esta pregunta?

—Por qué? Porque también yo nací bajo la luz de aquel hermoso cielo que ha mas de cuarenta años que no he visto. Abrazadme, amigo, querido compatriota! Y las lágrimas corrieron por las mejillas del músico abrazando á Hermann. Figurábasele estar estrechando contra su seno á aquellos á quienes mas habia amado en su infancia, cuando pobre y desgraciado tuvo que cantar en el coro de la iglesia de su pueblo para proporcionarse con su bonita voz algun recursillo con que poder ayudar á su pobre familia.

—De Rohrau! repetía el eminente artista con placer, sintiendo aliviársele el corazón al pronunciar estas palabras: y después de suplicar al mercader que se sentase, hablemos, dijo, de nuestro bello país. Ah!.... pocas son las venturas que yo debo á mi patria, porque mucho he padecido en ella; pero, sin embargo, siento tanto consuelo hablando de ella!....

Hermann estaba enternecido y apenas acertaba á explicarse el motivo; mas poco á poco se fué recobrando, y después de haber hablado largo rato del suelo que les viera nacer y de todo aquello que estaba mas en armonía con sus corazones, se separó del artista para volver á verle al día siguiente, llevando la promesa de tener el *spartito* del deseado minué.

Dotado Haydn de una sensibilidad casi infantil, habíase conmovido bastante con la visita que acababa de tener, y se disponía á escribir la consabida música, aproximándose á la clave, único confidente de sus secretas penas y delicadas inspiraciones, cuando halló sobre dicho instrumento la bolsa que Hermann llevaba en la mano al entrar en el gabinete, y las siguientes palabras escritas con lápiz sobre un pedazo de papel: *Hermann, tratante en bueyes, al primer compositor de Alemania.*

Haydn quedó penetrado de la mas viva grati-

tud por semejante demostracion; llamó luego al criado previniéndole que estuviese pronto para ir de allí á una hora á casa de su paisano á entregarle de su parte un rollo de música y la bolsa en cuestion; despues, cuando quedó solo, se puso á escribir el famoso minué tan apetecido por el honrado y generoso Hermann.

Aun escribiendo para su soberano, nunca habia estado Haydn tan inspirado como en aquella ocasion en que trazaba en el papel las notas destinadas para festejar las bodas de la hija de un traficante de ganado. El placer que experimentara abrazando á un compatriota, daba á la inspiracion que brotaba de su estro en torrentes de fuego, un colorido nacional, sencillo y delicioso; en suma, hallábase en el dulce éxtasis que experimenta el artista satisfecho de su obra. La presencia de su esposa, aparecida en aquel instante en el gabinete, con aire amenazador é indignado, dejó petrificado al artista. Apenas Haydn la vió, cuando sintió apagarse la inspiracion, sustituyendo de repente la mas desacorde armonía, á la melodía apacible que poco antes resonaba en el alma del célebre compositor.

—¿Es verdad, preguntóle iracunda, cuanto acaba de decirme el criado? ¿Quereis devolver, sin mas que porque se os ha antojado, esa suma que os es tan legítimamente merecida por vuestro trabajo?

—Sí, querida, nada mas justo: un miserable minué os parece por ventura que vale la suma que contiene ese bolso? Jamás; si yo no la devolviera creeria siempre haberla usurpado.

—Siempre el mismo! siempre obstinado en querer quedarse sin camisa por su ridícula esplendidez; generosidad absurda que ha de acabar por conducirnos á....

—Al templo de la inmortalidad? repuso Haydn sonriendo.

—Decid mas bien á un hospital para morir entre la miseria; contestó indignada la hija del peluquero Koller.

—Bueno, mujer, hablaremos sobre eso: ahora dejadme tranquilo. Estoy dando el último repaso á esta composicion que ofrecí tener concluida, como sabeis, para dentro de una hora, y yo nunca falto á mi palabra.

Madama Haydn acabó por rogar á su esposo se quedase con el dinero que contenia la bolsa, empero todo fué inútil; el compositor continuó escribiendo sin hacerla caso, y ella furiosa por verse de aquel modo desairada, salió del aposento resuelta á vengarse.

Haydn, como acontece á muchos escritores, gustaba poco del orden en su gabinete de trabajo, y así veia con placer esparcidos por el suelo todos sus manuscritos. Esta circunstancia era regularmente para su esposa un eterno motivo de querella, restableciendo el orden en su santuario musical á la menor rencilla que tuviera con el maestro. Satisfecha pues, en aquel dia, por este medio con que contaba para vengarse de su marido, comenzó á barrer el aposento; y la nube de polvo

que naturalmente levantara con esta operacion, incomodó de una manera furiosa al compositor, quien tuvo al fin que refugiarse en otro aposento medio asfixiado. No esperaba madama Haydn otra cosa para poner en práctica sus dañadas intenciones, y aprovechándose de aquel momento, entregó á las llamas entre otra porcion de papeles de suma importancia, el minué de que hablamos.

Vuelto Haydn al gabinete, y despues de haber buscado inútilmente su manuscrito, adivinó con terror el fin que le habia cabido, al ver la chimenea encendida.

Un vértigo fatal se apoderó de su espíritu, y soltando un grito de desesperacion cayó en su silla desmayado.

Era ya muy tarde para comenzar otro minué; habia anohecido, y por otra parte su quebrantada salud no permitia al compositor estar velando hasta una hora avanzada. Hondamente afectado por el destino que le perseguia al lado de una mujer de tan mala índole, llamó al criado y ordenóle que inmediatamente fuese á casa de su editor, y que en su nombre pidiera el último cuarteto que habia pocos dias le habia entregado, y desde allí lo llevara sin pérdida de tiempo á casa de Hermann, juntamente con la fatal bolsa. El criado obedeció prontamente, y Haydn se retiró á descansar algo mas tranquilizado por esta última resolucion.

El minué remitido al honrado mercader, á pesar de no reunir el mérito que Haydn reconocia en su última y malograda composicion, era sin embargo elegante, gracioso y de un estilo elevado, como generalmente lo son todas las obras que se conocen de este célebre artista.

Cuando Hermann recibió el manuscrito, lo estrechó contra su pecho con la propia ternura que pudiera haber abrazado á su hija, é inmediatamente lo entregó á un copista.

El yerno del mercader, que era todo un filarmónico, y nada menos entusiasta por este género de composiciones, reunió algunos músicos de los mas afamados que habia en la capital, y en la noche del inmediato dia, que era la de la boda, ejecutóse la referida pieza de música, la cual fué unánimemente aplaudida por los numerosos convidados que asistieron al festin.

Entusiasmado Hermann con la espontánea celebracion que hacian los concurrentes de su compatriota, corria de un lado al otro del salon apurando sendos brindis é interrumpiendo la orquesta á cada instante con los gritos de: "Es de Haydn, de Haydn es este maravilloso minué!"

—Viva Haydn! decian por todos lados. —Viva el eminente artista!...

Finalmente, despues que Hermann hubo referido á sus convidados la singular entrevista que tuviera con el músico, y la prueba que recibió de su liberalidad al rehusar la cantidad que le dejó en su casa, deliberóse entre todos para hallar el medio de demostrar al compositor la gratitud del boyero; y resuelto que fué el dictámen por la mayoría, aprobóse que el mercader escogiera el buey mas gigante y hermoso que tuviera en sus ganados,

y lo ofreciese á Haydn en nombre de la desposada, como una simple fineza, debiendo ser ataviada las astas de tan magnífica bestia con cintas de todos colores, y acompañado por todos en procesion. Hízose en efecto como se habia dispuesto, y media hora despues dirigíase el cortejo á casa de Haydn con el mayor silencio; cuando llegó allí entraron en el patio, y los músicos ejecutaron por segunda vez el minué del maestro.

Era la media noche: Haydn estaba entregado al reposo al lado de su mujer, porque ella yacía en aquel momento sumergida en un profundísimo sueño. El estrépito que repentinamente se hizo en el patio, despertó al compositor, el cual creyó en un principio que su esposa estaba continuando la escena del dia anterior; mas aplicando el oído, pudo distinguir no sin asombro, las armonías de su minué, interrumpido de cuando en cuando por una parte de *bajo* que le era absolutamente desconocida, ejecutada por el cuadrúpedo con su mujido. Vistióse Haydn, y encendiendo una luz se asomó á la ventana, desde donde fué acogido por la multitud que se agitaba á sus piés con la aclamacion mas recíproca. Mucho agradó al artista semejante oportunidad, que aplaudió con usura, manifestando su reconocimiento; mas cuando Hermann le ofreció aquel soberbio bicho, como una simple prueba de su amistad, no le fué fácil contener su risa y soltó una carcajada. Aceptando en seguida la oferta por delicadeza, bajó al patio en medio de una lluvia de flores; y despues de dar un beso á la desposada, se despidió de todos, retirándose altamente conmovido por el original comportamiento de su compatriota.

Este acontecimiento dió que hablar por mucho tiempo á los habitantes de Viena, que todos quisieron poseer el famoso minué, cuya venta fué un tesoro para el editor. Conocida desde entonces esta memorable composicion con el nombre de *Minué del Buey*, es una obra de las mas selectas que figuran en la brillante coleccion del inmortal sinfonista. En cuanto al buey, vivo testimonio de la gratitud de Hermann, fué regalado por Haydn al hospital de la ciudad á pesar de la fuerte oposicion de su *cara* esposa, que murió segun se dice del disgusto.

FRANCISCO LOZANO Y FRAU.

SOLUCION DEL GEROGLÍFICO ANTERIOR.

De tal mano tal dado.

EDITOR RESPONSABLE:

DON LÁZARO ESTRUCH Y FERNANDEZ.

CADIZ: 1860.—Imprenta de la Revista Médica á cargo de Don Juan Bautista de Gaona, plaza de la Constitucion número 11.



FIN DEL TOMO 19.



Ayuntamiento de Madrid